



Por la autora de **BLANCANIEVES DEBE MORIR**

NELE NEUHAUS

EL LOBO FEROZ

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA | NOIR





Título original:
BÖSER WOLF

© ULLSTEIN BUCHVERLAGE GMBH, BERLÍN. Publicado en 2012 por ULLSTEIN VERLAG
© de la traducción: LAURA MANERO JIMÉNEZ, 2017
© MAEVA EDICIONES, 2017
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-17108-32-8
Depósito legal: M-269-2018

Diseño e imagen de cubierta: OPALWORKS sobre imagen de SHUTTERSTOCK
Fotografía de la autora: FELIX BRÜGGEMANN
Preimpresión: Gráficas 4, S.A.
Impresión y encuadernación:  CPI
Impreso en España / Printed in Spain





Para Matthias.

Heaven is a place on earth with you.





PERSONAJES Y LUGARES DE LA NOVELA

Personajes principales

Altunay, Cem: Inspector de la K 11 de Hofheim.

Behnke, Frank: Antiguo compañero de Oliver von Bodenstein y Pia Kirchhoff en la K 11 de Hofheim.

Bodenstein, Oliver von: Inspector jefe de la K 11, la sección de Homicidios de la Policía Judicial de Hofheim.

Christoph: Director del Opel Zoo y pareja de Pia.

Engel, Nicola: Comisaria jefe de la comisaría de Hofheim.

Fachinger, Kathrin: Inspectora de la K 11 de Hofheim.

Finkbeiner, Emma: Antigua compañera de clase de Pia.

Finkbeiner, Florian: Marido de Emma, médico en Doctors Worldwide.

Finkbeiner, Josef: Suegro de Emma y fundador de la asociación benéfica Niños del Sol.

Finkbeiner, Renate: Suegra de Emma.

Frey, Markus Maria: Fiscal superior responsable de los casos.

Grasser, Helmut: Conserje de los suegros de Emma y del recinto de Niños del Sol.

Herzmann, Hanna: Periodista y presentadora de *A corazón abierto*, un popular programa televisivo de reportajes y testimonios.

Herzmann, Meike: Hija de Hanna.

Kirchhoff, Henning: Médico forense y exmarido de Pia.

Kirchhoff, Pia: Inspectora jefe de la K 11.

Kornbichler, Vinzenz: Exmarido de Hanna.





Kröger, Christian: Inspector jefe de la Policía Científica de Hofheim.

Lilly: Nieta de Christoph, que pasa unos días en Birkenhof con su abuelo y con Pia.

Louisa: Hija de Emma y Florian.

Matern, Wolfgang: Director de programas de Antenne Pro y amigo íntimo de Hanna.

Niemöller, Jan: Codirector de Herzmann Productions.

Ostermann, Kai: Inspector de la K 11 de Hofheim.

Prinzler, Bernd: Antiguo miembro de los Frankfurt Road Kings.

Rothemund, Kilian: Antiguo abogado de éxito.

Verges, Leonie: Psicoterapeuta de Hanna Herzmann.





El mundo de Nele Neuhaus

EL TAUNUS

El Taunus, una región cercana a Frankfurt, es un paisaje dominado por la cordillera que le da nombre. Lleno de valles pintorescos, es el escenario de la serie policíaca de Nele Neuhaus.

Su papel en las tramas es tan importante como el de los personajes protagonistas, el inspector jefe Oliver von Bodenstern y su colega Pia Kirchhoff.









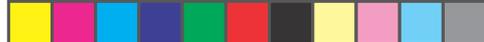
Prólogo

Dejó la bolsa del súper y metió las compras en la minúscula nevera. El helado, del sabor de Häagen-Dazs preferido de ella, estaba casi derretido, pero él sabía que era así como le gustaba: medio deshecho, cremoso y con sus trocitos de galleta crujiente. Habían pasado varias semanas desde la última vez que se vieron. Aunque le costaba resistirse, nunca la presionaba. No debía precipitar las cosas, debía mostrarse paciente. Ella tenía que ir a verlo porque le apeteciera. El día anterior por fin había dado señales de vida y le había enviado un mensaje de texto. ¡Enseguida la tendría allí! La expectación hizo que se le acelerase el corazón.

Echó un vistazo para revisar toda la caravana, que la noche anterior había tenido la precaución de ordenar, y se fijó en el reloj que colgaba sobre la pequeña cocina americana. ¡Las seis y veinte ya! Sería mejor que se diera prisa, no quería que lo encontrara así, todo sudado y sin afeitarse. Después del trabajo se había acercado un momento a la peluquería, pero aún notaba ese olor a rancio del puesto de comida rápida adherido a todos los poros de su piel. Se desvistió enseguida, metió en la bolsa vacía del súper la ropa, que apestaba a sudor y grasa de freír, y se fue directo a la ducha que tenía junto a la minicocina. Aunque apenas cabía dentro y la presión del agua tampoco era para echar cohetes, prefería el cuarto de baño de la caravana a aquellos servicios públicos tan poco higiénicos del camping; nunca los limpiaban lo bastante a menudo.

Se enjabonó de la cabeza a los pies, se afeitó con cuidado y se lavó los dientes. Con frecuencia tenía que obligarse a hacer





el esfuerzo, porque la tentación de abandonarse y dejarse caer en la autocompasión y el letargo solía ser muy fuerte. Tal vez lo hubiese hecho ya, de no ser por ella.

Unos minutos después se puso ropa interior limpia y un polo sin manchas, sacó unos vaqueros del armario y, por último, se abrochó el reloj en la muñeca. Un prestamista de la estación central le había ofrecido ciento cincuenta euros por él hacía varios meses. Una auténtica desfachatez, teniendo en cuenta que esa obra maestra de la relojería suiza le había costado cinco mil euros hacía trece años. Decidió conservarlo. Era el único recuerdo que le quedaba de su antigua vida. Se miró en el espejo para comprobar que todo estuviera en orden, luego abrió la puerta y salió de la caravana.

El corazón le palpitó unos segundos con fuerza al encontrársela ya allí fuera, sentada en la silla plegable de jardín. Llevaba días, semanas, anhelando ese momento. Se quedó quieto para dejar que aquella imagen calara en su interior, para embeberse de ella.

¡Qué guapa era! ¡Tan grácil y delicada! Un pequeño ángel encantador. La melena rubia y suave, cuyo tacto y cuyo olor él tan bien conocía, le caía sobre los hombros. Llevaba un vestido sin mangas que dejaba ver su piel ligeramente morena y las frágiles vértebras de la nuca. Su rostro expresaba concentración; estaba ocupada tecleando algo en el teléfono móvil y no se había dado cuenta de su presencia. Como no quería asustarla, carraspeó. Ella levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de él. La sonrisa nació en la comisura de sus labios y enseguida se extendió por toda la cara. Se levantó de un salto.

Él tuvo que tragar saliva al verla acercarse y detenerse a tan pocos centímetros. La expresión confiada de sus ojos oscuros le hizo sentir una punzada. ¡Madre mía, qué preciosidad! Ella era el único motivo por el que no había saltado a las vías al paso de un tren hacía ya meses ni se había despedido de su lamentable vida antes de tiempo de alguna otra forma sórdida.

—Hola, pequeña —dijo con voz áspera. Le puso una mano en el hombro, solo un momento, y sintió la piel aterciopelada y





cálida. Al principio siempre le cohibía tocarla—. ¿Adónde le has dicho a tu madre que ibas?

—Mamá salía esta tarde con mi padrastro a no sé qué fiesta. Algo de los bomberos, me parece —contestó ella, y guardó el móvil en su mochila roja—. Le he dicho que me iba a casa de Jessie.

—Bien.

Echó un vistazo para asegurarse de que no había por allí ningún vecino curioso ni ningún transeúnte. Por dentro temblaba de expectación, notaba que le flaqueaban las rodillas.

—Te he comprado tu helado preferido —le dijo en voz baja—. ¿Entramos?







Jueves, 10 de junio de 2010

Tenía la sensación de que caía hacia atrás, abrió los ojos y todo empezó a darle vueltas. Alina se encontraba mal. No, mal no; era como si se estuviera muriendo. Olió a vómito, gimió e intentó levantar la cabeza. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado, y dónde se habían metido los demás?

Pero si hacía un rato estaban todos juntos allí, sentados debajo del árbol. Mart a su lado, echándole un brazo sobre los hombros... Se había sentido súper a gusto. Reían, él la había besado. Katharina y Mia no hacían más que quejarse de la cantidad de mosquitos que había mientras escuchaban música y bebían ese mejunje dulce: vodka con Red Bull.

Alina se incorporó con esfuerzo. Le zumbaba la cabeza. Abrió los ojos de nuevo y se asustó. El sol ya estaba bajo. ¿Qué hora sería? ¿Y dónde tenía el móvil? Seguía sin acordarse de cómo había llegado hasta allí, y tampoco sabía dónde estaba. Las últimas horas se le habían borrado de la memoria. ¡Se había quedado totalmente en blanco!

—¿Mart? ¿Mia? ¿Dónde estáis?

Se arrastró hasta el tronco del imponente sauce llorón y tuvo que reunir todas sus fuerzas para ponerse de pie y mirar alrededor. Sentía las rodillas a punto de fallarle, todo le daba vueltas y no veía con claridad. Debía de haber perdido las lentillas mientras vomitaba. Porque había vomitado. El sabor que notaba en la boca era repugnante, y aún tenía restos de vómito pegados en la cara. Las hojas secas crujían bajo sus pies descalzos. Miró hacia abajo. ¡También le habían desaparecido los zapatos!





—Mierda, mierda, mierda... —murmuró, y luchó contra las lágrimas que sentía nacer. ¡Como se presentara en casa en ese estado, le caería una bronca monumental!

Hasta ella llegaron voces y risas desde lejos. Un olor a pescado a la parrilla se le metió por la nariz y le hizo sentir arcadas. Por lo menos no había aparecido en mitad de ninguna parte; ¡allí cerca había gente!

Se apartó del tronco del árbol y dio un par de pasos inseguros. A su alrededor todo giraba como si fuese un tiovivo, pero ella se obligó a seguir adelante. ¡Menudos cabrones estaban hechos! Amigos..., ¡y una mierda! ¡Dejarla allí tirada, borracha, sin zapatos ni teléfono! Seguro que la gorda de Katharina y la imbécil de Mia se lo habían pasado en grande riéndose de ella. ¡Se iban a enterar esas dos cuando las viera en el instituto al día siguiente! Y a Mart no pensaba volver a dirigirle la palabra en la vida.

Hasta el último momento no vio el terraplén que caía en picado, pero se detuvo justo a tiempo. ¡Allí abajo había alguien! Entre las ortigas, junto al agua. Pelo oscuro, camiseta amarilla... ¡Era Alex! Joder, ¿cómo había acabado ahí? ¿Qué había ocurrido? Alina se dispuso a bajar sin dejar de soltar tacos. Como llevaba las pantorrillas al descubierto, le quedaron cubiertas de ronchas de ortigas y, por si eso fuera poco, se le clavó algo en la planta del pie.

—¡Alex!

Se agachó junto a su amigo y lo zarandeó por los hombros. También él apestaba a vómito, y entonces gimió en voz baja.

—¡Eh, despierta! —Alina espantó con la mano los mosquitos que no hacían más que volarle por delante de la cara—. ¡Alex! ¡Despierta, venga!

Le tiró de las piernas, pero pesaba como un muerto y no fue capaz de moverlo.

Una lancha a motor pasó de largo por el río. Una ola llegó hasta la orilla, el agua borboteó entre las cañas y se derramó sobre las piernas de su amigo. Alina se quedó sin respiración del susto: justo delante de ella, una mano pálida salió del agua y pareció como si quisiera agarrarla.





Retrocedió y soltó un grito de espanto. En el río, en el cañaveral, ni a dos metros de Alex..., ¡estaba Mia! Alina creyó reconocer su rostro bajo la superficie del agua. En la tenue penumbra del crepúsculo vio una melena larga y clara, unos ojos abiertos y sin vida que parecían mirarla directamente.

Se quedó paralizada contemplando esa imagen aterradora. En su cabeza todo era caos y confusión. Joder, pero ¿qué había pasado allí? Una nueva ola movió el cuerpo inerte de Mia, su brazo pálido y fantasmagórico sobresalió más del agua oscura, como si pidiera ayuda.

Aunque seguía haciendo un calor insoportable, Alina sintió que le tiritaba todo el cuerpo. Se le revolvió el estómago, se tambaleó, dio media vuelta y vomitó en las ortigas. En lugar de vodka y Red Bull, solo salió una bilis amarga. Sollozando de desesperación, se arrastró a gatas para subir por el escarpado terraplén mientras la maleza le arañaba las manos y las rodillas. ¡Ay, ojalá estuviera en casa, en su habitación, en la cama, a salvo! Lo único que quería era alejarse de aquel lugar horrible y olvidar todo lo que había visto.

Pia Kirchhoff redactaba en el ordenador el último informe de sus investigaciones en el caso del asesinato de Veronika Meissner. El sol caía sin compasión desde primera hora de la mañana sobre el tejado plano del edificio que albergaba los despachos de la K 11, la sección de Homicidios de la Policía Judicial de Hofheim, y la pantalla digital de la estación meteorológica que había en el alféizar, junto al escritorio de Kai Ostermann, marcaba treinta y un grados. Temperatura interior. Fuera estaban por lo menos a tres grados más. En las escuelas habían dado el día libre a los niños a causa del calor. Aunque tenían todas las puertas y las ventanas abiertas de par en par, no entraba ni una brizna de aire que pudiera suponer algo de alivio. A Pia se le pegaba el antebrazo a la superficie de la mesa en cuanto lo ponía encima. Suspiró, envió el documento a imprimir y después lo guardó en la fina carpeta. Ya





solo faltaba el informe de la autopsia, pero ¿dónde lo había metido? Se levantó y buscó en sus bandejas de documentos para poder archivar el expediente de una vez. Hacía dos días que guardaba ella sola el fuerte de la K 11, porque su compañero Kai Ostermann, con quien compartía despacho, llevaba desde el martes en un curso de capacitación, en la Dirección Federal de la Policía Judicial de Wiesbaden. Kathrin Fachinger y Cem Altunay participaban en un seminario federal en Düsseldorf, y el jefe tenía vacaciones desde el lunes y se había ido de viaje a un destino misterioso. Por eso, a causa de la enorme falta de posibles asistentes, habían acabado desconvocando el pequeño acto solemne que la comisaria jefe Nicola Engel había organizado para primera hora de esa tarde con motivo del ascenso de Pia a inspectora jefe. A ella, en cualquier caso, no le había molestado. No se sentía cómoda siendo el centro de atención; ese cambio de graduación era una mera formalidad administrativa, nada más.

—Pero ¿dónde he metido el maldito informe? —murmuró con fastidio.

Faltaba poco para las cinco, y a las siete quería estar en la reunión de antiguas alumnas de bachillerato que se celebraba en Königstein. El trabajo en la granja donde vivía, Birkenhof, le dejaba poquísimo tiempo para cultivar las relaciones sociales, así que le hacía muchísima ilusión reencontrarse con sus antiguas compañeras de clase después de veinticinco años.

Al oír que alguien llamaba a la puerta pese a que estaba abierta, se volvió.

—Hola, Pia.

La inspectora apenas creía lo que estaba viendo. Ante sí tenía a Frank Behnke, su antiguo compañero de trabajo. Estaba muy cambiado. Había sustituido su indumentaria habitual —vaqueros, camiseta y botas de *cowboy* gastadas— por un traje gris oscuro, camisa y corbata. Llevaba el pelo algo más largo que antes, y tenía la cara más rellenita, lo cual le sentaba bien.

—Hola, Frank —contestó sin salir de su asombro—. Cuánto tiempo sin verte.





—Pero me has reconocido... —Sonrió, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró con detenimiento de la cabeza a los pies—. Estás guapa. He oído que te ha tocado la lotería en el escalafón profesional. Pronto serás la sucesora del viejo, ¿eh?

Para variar, también esta vez consiguió molestarla en cuestión de segundos sin tener que esforzarse demasiado. A Pia se le quedó atravesada en la garganta la amable pregunta de cómo se encontraba él.

—No me ha tocado ninguna «lotería», ni mucho menos. Me han ascendido y ya está —repuso con sequedad—. ¿Y a quién te refieres con eso de «el viejo»? ¿No será a Oliver Bodenstein?

Él se encogió de hombros sin dejar de sonreír ni de mascar chicle. Esa costumbre no la había perdido.

Después de su nada gloriosa salida de la K 11 hacía ya dos años, Frank Behnke había recurrido su suspensión ante los tribunales y le habían dado la razón. Aun así, enseguida lo trasladaron a la Dirección Regional de la Policía Judicial de Wiesbaden, cosa que en la comisaría de Hofheim nadie había lamentado.

Pasó por delante de Pia y se dejó caer en la silla de Ostermann.

—Veo que han volado todos, ¿no?

Ella se limitó a mascullar algo mientras seguía buscando su informe.

—¿Y a qué debo el honor de tu visita? —preguntó luego, en lugar de responder a su pregunta.

Behnke cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—Sí, en fin, qué pena que solo pueda adelantarte a ti la buena nueva —dijo—, pero los demás no tardarán en enterarse.

—¿Qué ha pasado? —Pia le lanzó una mirada suspicaz.

—Estaba harto del trabajo de calle. He aguantado esa mierda durante demasiado tiempo —contestó Behnke sin quitarle los ojos de encima—. Las fuerzas especiales, la K 11..., ya he dejado todo eso atrás. Mis evaluaciones siempre han sido excelentes y, además, me han perdonado mi pequeño desliz.





¡Su pequeño desliz! Behnke había golpeado a la agente Fachinger en un arrebato de ira incontrolada, aparte de protagonizar otros incidentes que justificaban de sobra su suspensión.

—En aquella época estaba atravesando problemas personales —siguió diciendo—, y lo han tenido en cuenta. En la Dirección Regional me gané un par de distinciones, así que ahora estoy en la K 134, el Departamento de Asuntos Internos, soy responsable de denuncias y sospechas contra miembros de la Policía, así como de prevención contra la corrupción.

Pia creyó haber oído mal. ¿Frank Behnke en Asuntos Internos? ¡Era absurdo!

—Junto con compañeros de otros lands, en los últimos meses hemos desarrollado un nuevo concepto estratégico que entrará en vigor en todo el país el próximo 1 de julio. Traerá consigo mejoras en la supervisión del servicio y la administración de las diferentes secciones, también en la sensibilización de los empleados y demás. —Cruzó una pierna sobre la otra y empezó a balancear el pie—. La comisaria jefe Engel es competente a la hora de dirigir a su personal, pero desde las diferentes comisarías siempre nos llegan noticias de diversas faltas cometidas por los agentes. Yo mismo recuerdo aún con claridad varios incidentes en esta casa que fueron de lo más dudoso. Encubrimiento administrativo, falta de persecución de delitos, consultas de datos no autorizadas, facilitación de documentos internos a terceros..., por citar solo unos cuantos ejemplos.

Pia interrumpió la búsqueda del informe de la autopsia.

—¿Adónde quieres ir a parar?

La sonrisa de su antiguo compañero se volvió maliciosa, y en sus ojos apareció un brillo inquietante; la inspectora no se oía nada bueno. Frank Behnke siempre había disfrutado desplegando su superioridad y su poder frente a los más débiles, un rasgo por el que ella lo despreciaba. Cuando trabajaban juntos, sus envidias y su constante malhumor habían sido una auténtica pesadilla; como agente de Asuntos Internos, podía traer consigo la catástrofe.





—Eso deberías saberlo tú mejor que nadie. —Behnke se levantó, rodeó el escritorio y se detuvo justo al lado de ella—. Tú, que sin lugar a dudas eres la preferida del viejo.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir —repuso Pia con un tono de voz glacial.

—¿De verdad que no?

Behnke se le acercó tanto que a Pia le resultó violento, pero reprimió el impulso de retroceder ante él.

—A partir del lunes llevaré a cabo una inspección de Asuntos Internos aquí, en esta comisaría, y seguramente no tendré que escarbar mucho para sacar a la luz un par de cadáveres.

Pia sintió escalofríos a pesar del calor insoportable que hacía en el despacho, pero, aunque por dentro le hervía la sangre, por fuera consiguió mantener la calma. Incluso fue capaz de sonreír. Frank Behnke era un hombre rencoroso y mezquino que nunca olvidaba nada. Sus viejas frustraciones seguían reconcomiéndolo y, por lo visto, incluso habían crecido en esos últimos años. Ansiaba vengarse por las supuestas injusticias y humillaciones que había sufrido. No era inteligente convertirlo en un enemigo, pero el rechazo que despertaba en Pia era mayor que su sentido común.

—Pues muy bien —dijo la inspectora con burla, y se volvió de nuevo para seguir buscando el informe—. Mucha suerte en tu nuevo trabajo, perro rastreador de cadáveres.

Su antiguo compañero se dirigió hacia la puerta.

—Todavía no tengo tu nombre en mi lista, pero eso puede cambiar de un día para otro. Buen fin de semana.

Pia no contestó a la inequívoca amenaza que había resonado en esas palabras. Esperó a que hubiera desaparecido, y entonces sacó el móvil y marcó el teléfono de Bodenstein. La llamada entró, pero no contestó nadie. ¡Mierda! Seguro que el jefe no sospechaba la desagradable sorpresa que lo esperaba a su regreso. Estaba bastante segura de saber qué era lo que había insinuado Behnke, y eso podía tener unas consecuencias más que desagradables para Oliver von Bodenstein.

